

sostuvieron, Ludolfo firmó un armisticio y evacuó la ciudad, sometiéndose por fin á su padre cuando, á la muerte de Federico de Maguncia, acaecida en 954, se encontró completamente aislado. Oton salió victorioso de esta sublevacion de sus parientes mas allegados, sin haber tenido que sostener una lucha seria, gracias á su hábil actitud expectante, que no le abandonó ni aun en los momentos de mayor peligro en que hubo de confesarse derrotado, y gracias tambien á una serie de afortunados sucesos. Este resultado le impuso el deber de introducir un cambio radical en el reino y de adoptar enérgicas medidas, cuyo planteamiento exigía nuevas y mayores fuerzas.

Ludolfo y Conrado fueron perdonados: Oton, dando pruebas de bondad suma, les mantuvo en la posesion de sus bienes patrimoniales, que en rigor de derecho habian perdido, pero en cambio les despojó de sus feudos y de sus ducados. La Suabia fué concedida á Burkhardo II, hombre dotado de excelentes cualidades y sumamente leal, que se casó con la prudente, enérgica é instruida Eduvigis, hija del duque Enrique. La Lorena sintió tambien los efectos del nuevo orden de cosas: en ella gobernó el arzobispo Bruno de Colonia con prudencia y energía, logrando restablecer el orden y la tranquilidad y poniendo coto á la ambicion del conde Reginaro, mediante su destierro. Entonces acabó tambien la resistencia de la Iglesia alemana: Oton nombró á su hijo natural, Guillermo, sucesor de Federico de Maguncia; en Tréveris, donde Roberto, pariente de Giselberto de Lorena, que sostenia secretas relaciones con los enemigos del rey, habia gobernado por espacio de veinticinco años, ocupó, en 956, la sede arzobispal Enrique, sacerdote emparentado con la casa real de Suabia y hombre de toda lealtad y confianza. De manera que la situacion de la monarquía alemana, que habian querido destruir por medio de un último ataque simultáneo todos sus enemigos laicos y eclesiásticos, nacionales y extranjeros, no solo habia triunfado de ellos sino que habia fortalecido y asegurado sus cimientos y aumentado grandemente sus dominios. Nadie se atrevió ya á resistirla y todos se esforzaban por conquistarse su proteccion y amparo.

Faltaba tan solo acabar de extirpar el recuerdo de los disturbios de los últimos tiempos, á saber: la vergüenza de las repetidas incursiones de los húngaros. En el año 955 todavía aquellas salvajes hordas invadieron las fronteras orientales de Baviera, cuyo duque Enrique, dispuesto siempre en otro tiempo á una enérgica resistencia, se encontraba á la sazón enfermo de muerte. Despues de haber devastado el país, acamparon los húngaros al rededor de Augsburg, ciudad que, confiada al mando del valeroso obispo Udalrico, estaba decidida á resistir hasta el último trance, á fin de que el ejército imperial, á toda prisa reunido, tuviera tiempo de acudir á su auxilio y de librar la batalla decisiva. Ante las vivas instancias de Baviera apresuróse Oton, con algunas tropas sajonas, á dirigirse hácia el Lech, por mas que dado el continuo estado de guerra con los wendos pudiera parecer peligroso dejar sin defensa los territorios orientales. El ex-duque de Lorena, Conrado, se le unió con algunas tropas cerca de Augsburg. Pronto comenzaron las escaramuzas con los húngaros, fijándose para el día 10 de agosto la batalla decisiva. Al despuntar el alba los soldados empuñaron las armas, dispuestos por medio de ayunos y oraciones á aquel decisivo trance, y juramentados para resistir hasta el último extremo. Por caminos indirectos y oculto por los bosques y los matorrales avanzó el ejército, formado en ocho líneas de combate: las tres primeras se componian de bávaros, la cuarta de francos, mandados por el duque Conrado, la quinta, que era la mas fuerte, estaba compuesta de tropas elegidas por el mismo Oton;

formaban la sexta y la séptima los suabos á las órdenes del duque Burkhardo II, y la octava las tropas auxiliares bohemias, es decir, mil jinetes, á los cuales estaba confiada la defensa de los bagajes. Los húngaros, fieles á su astuto sistema de guerrear, pasaron con una parte de sus huestes el Lech, cercaron á los alemanes y cayeron de repente sobre la retaguardia bohemia, la cual, despues de haber perdido los bagajes, apeló á la fuga. Tambien se vieron arrolladas las líneas de batalla sexta y séptima; pero Oton, comprendiendo lo crítico de la situacion, dió orden al duque Conrado de que acudiera allí con sus francos, mientras él en persona se ponía al frente de las fuerzas y resistía el ataque del grueso del ejército húngaro. Conrado atacó impetuosamente al enemigo, recobró los bagajes, rescató á los prisioneros y voló luego al lado del rey para ayudarle á completar su victoria. En el tumulto del combate perdió el casco y fué mortalmente herido en la descubierta garganta, pagando con una muerte heroica las faltas que en otro tiempo habia cometido contra su rey y contra su patria. Los húngaros, al verse derrotados, apelaron á la fuga para no volver á pisar mas el suelo de Alemania. En el campo de batalla y detrás de los muros de la libertada Augsburg, el ejército vencedor se agolpó lleno de júbilo al rededor de su rey, saludándole como padre de la patria y emperador, y mostrándole el camino que debia seguir para completar su triunfo conforme á las ideas y sentimientos de aquella época.

### CAPITULO III

#### EL IMPERIO DE LOS OTONES

(956-983)

La gran crisis de los años 953 á 955 puso al descubierto los defectos de la organizacion que Oton habia dado á su reino, y habia sido especialmente funesta porque habia hecho vacilar la fidelidad de la Iglesia, en el seno de la cual existian poderosos elementos que se oponian á la especie de servidumbre á que la habia sometido Oton. En Maguncia se recordaban todavía los tiempos en que el arzobispo ejercía una especie de patronato espiritual sobre la monarquía franco-oriental, tan necesitada de apoyo, é intuía de un modo decisivo en su política. Federico de Maguncia habia querido seguir el ejemplo de Hatto y conquistar enfrente de Oton la situacion que aquel habia ocupado durante los reinados de Luis el Niño y de Conrado I. El peligro que estas pretensiones ofrecían no habia desaparecido aun, y los mismos parientes de la casa real que ocuparon las sedes arzobispales de Tréveris y de Maguncia no daban contra él garantía alguna, pues con la severidad de los sentimientos religiosos se aumentaba en ellos el disgusto de ver á la Iglesia puesta al servicio de la monarquía. El extraordinario poderío de la diócesis de Maguncia, la grande extension de los territorios que comprendía, y sus influyentes relaciones así en el Oeste como en el Este, donde cada día adquiría nuevos medios de fuerza por efecto del buen éxito de la lucha de los wendos y de las misiones, constituían especialmente un peligro constante para la monarquía, cuya soberanía sobre la Iglesia alemana podia ser en Maguncia puesta en tela de juicio.

Por esta razon Oton I volvió al plan, anteriormente concebido, de separar de la jurisdiccion de Maguncia la Sajonia oriental y el territorio de los wendos, formando con estos una nueva archidiócesis, cuyo centro fuera la catedral de San Mauricio de Magdeburgo. Este proyecto se encontró con la resistencia que desde Maguncia opuso el arzobispo Guillermo, hijo del propio Oton, siendo por lo mismo infructuosas las negociaciones que con el papa Agapito II se establecieron por mediacion de Hademar, abad de Fulda. Oton comprendió que solo por medio de un rodeo podria conseguirse el fin que

se proponía, y que para someter á su voluntad á la Iglesia alemana seria preciso acudir al auxilio del obispo de Roma, que era su jefe supremo. Pensó por consiguiente que sus esfuerzos debían encaminarse á Roma y á la corona imperial, pudiendo contar para ello con aliados en el seno mismo de la Iglesia que, aun cuando con distintos fines, seguirían el mismo camino que él y al tratar de realizar sus designios darian gran importancia á sus propias ideas reformistas. El primer paso hacía una reforma radical de la degradada vida eclesiástica se habia dado en una época en que la Iglesia se hallaba profundamente desmoralizada por los escándalos que en Roma imperaban y en que el indisciplinado monacato era presa de la mayor corrupcion moral. La regla de San Benito de Nursia, el fundador de Montecasino, (que habia armonizado la vida monástica y conventual de Oriente, donde existía de antiguo, aunque sumida en la mas completa inercia, con la actividad y aptitud de desarrollo del Occidente, convirtiéndola en una potencia civilizadora de extraordinaria importancia), habia sido restablecida por Berno, descendiente de los duques de Borgoña, é introducida en el convento que el duque Guillermo de Aquitania habia fundado en sus dominios de Clugny. Este monasterio, directamente sometido al papa y apartado de toda influencia mundana, fué el plantel de donde salieron tendencias austeras pero verdaderamente reformadoras. La mejora de esta suerte iniciada en Clugny, se extendió al poco tiempo de la orden de los benedictinos á los demás conventos, y la congregacion fué ya, en tiempo del abad Odilo, sucesor de Berno, una potencia que, cada dia con mayores fuerzas, trabajó para la reforma de la Iglesia en general. Los planes político-eclesiásticos de Oton I coincidieron con esta corriente, de año en año mas poderosa; pues aun cuando los cluniacenses solo reformaban directamente la vida monástica en el sentido de matar en ella toda tendencia mundana, procuraron infiltrar iguales ideas entre el clero secular y libertar á este de las mallas de los cuidados é intereses terrenales. De esta suerte, la potencia moral y espiritual mas importante de aquella época se puso al servicio de Oton, pudiendo este esperar que por su medio lograria que la Iglesia reconociera la nueva organizacion teocrática del Estado que tanto se resistía á admitir. Pero la esperanza de hacer triunfar el nuevo sistema en Roma y de verlo reconocido y apoyado por el pontificado desapareció con la muerte de Agapito II, papa afecto á los cluniacenses, que fué la señal de nuevos desórdenes en Roma y que demostró la incapacidad de la Iglesia para mejorarse por sus propias fuerzas.

En el año 954 habia fallecido el poderoso Alberico II, sucediéndole, sin encontrar resistencia, su hijo el joven Octaviano en la soberanía de Roma y de su territorio. A la muerte de Agapito II, acaecida al año siguiente, Octaviano se hizo elevar al solio pontificio, para reunir en su mano el poder espiritual supremo y el poder terrenal que como príncipe ejercía y utilizar de esta suerte los medios que la situacion le ofrecía para satisfacer su ambicion y su afán de placeres. Octaviano se esforzó por hacer que se reconocieran y aceptaran las pretensiones del pontificado á que se cumplieran las supuestas promesas de Pepino y de Carlomagno, para ensanchar de esta suerte con el exarado y con la Pentápolis el Estado que acababa de fundar en la Italia central. Juan XII, que así se llamó Octaviano como papa, vió contrariados sus esfuerzos en este sentido por los planes análogos del rey Berenguer. Este se habia hecho independiente durante la última guerra civil alemana y habia reconquistado su soberanía en la Alta Italia, no sin tener que luchar para ello con el partido borgoñon y con el alemán. Oton, resuelto á realizar los planes que antes habian fracasado, envió, en 956, á su hijo Ludolfo contra el usurpador, en la creen-

cia, quizás, de que podria conquistar allí algo que le indemnizara de la pérdida de Suabia. Ludolfo fué afortunado en su empresa: protegido por un partido cada vez mas numeroso, logró derrotar á Berenguer y apoderarse de Pavia; pero en setiembre del año 957 murió, llorado por todos, en Novara, víctima de las fiebres del país. Berenguer reconquistó rápidamente lo que habia perdido y quiso ensanchar sus territorios por el Este y por el Sur, viniendo entonces á encontrarse sus esfuerzos con los que en igual sentido hacia el papa Juan XII. La guerra era inminente entre ellos, pero el papa no se encontraba en condiciones de sostenerla. La situacion era la misma que en tiempo del conflicto entre Zaccarías II y Aistulfo, de modo que la política romana, viéndose en grave apuro, se arrojó en brazos del heredero del imperio franco. El día de Navidad del año 960, presentóse en Ratisbona una embajada de Juan XII para implorar el apoyo de Oton contra Berenguer. Oton deseaba ardientemente que se le hiciera esta peticion, pues con ella, y sin acto alguno por su parte, se le ofrecía la posibilidad de ejercer incontinenti una influencia sin la cual no hubiera podido realizar sus planes relativos á la Iglesia alemana. Los cluniacenses, sus aliados, se regocijaron con la idea de que por medio de Oton podrian sentar su planta en Roma y de que, protegidos por el fuerte brazo del mas poderoso soberano de la época, les seria fácil ampliar con mayor energía, partiendo de la cabeza, la reforma de la desmoralizada Iglesia, que habian comenzado á plantear desde la esfera de la vida monástica. No puede negarse que la Iglesia y la Italia se ofrecían, por decirlo así, á Oton: el papa mundanizado y los cluniacenses, celosos reformadores, le invocaban y le impulsaban á restablecer el orden y la paz en el Sur de los Alpes. La situacion de la Iglesia alemana, cuya monarquía y su porvenir dependían de la organizacion eclesiástica, le imponía el deber de aprovechar esta ocasion favorable para la realizacion definitiva de sus planes políticos y de dirigir sus esfuerzos á fines realmente prácticos. Desperdiarla, no utilizar aquellas circunstancias propias que, sin acto alguno por su parte, se le ofrecían, hubiera sido rendir culto á una política mezquina, indecisa y poco cuidadosa de sus deberes. Por esto pecan de injustos los que hacen, por decirlo así, personalmente responsable al rey Oton del cambio que en 961 sufrió la política de la monarquía alemana y que la convirtió en política imperial, y los que le culpan de los desastres que en tiempos posteriores resultaron para Alemania de la alianza entonces concertada con Italia (1). Oton no tendió su mano á Italia por un mero capricho personal: encontrábase en frente de hechos acaecidos sin su intervencion, hechos que tuvo que aceptar como consumados, y ante los cuales no podia permanecer indiferente, si no queria abandonar los supremos intereses de Alemania y de la Iglesia y por tanto los de la civilizacion. En el estado en que se encontraban las cosas, Oton no era libre, tenia necesariamente que intervenir: no fué él quien concibió ó inventó la política imperial, á la cual dió excelente y gloriosa direccion en un principio y despues una direccion funesta; esta política se le ofreció por sí misma y casi puede decirse que se le impuso. Tampoco puede admitirse que cuando resolvió marchar á Italia tuviera ya preparado un programa político que pensara realizar y que realmente llevara á cabo; antes bien lo que sucedió despues, independientemente y aun contra su voluntad, contribuyó á completar aquella evolucion comenzada.

Despues de haber hecho que su hijo Oton, habido de

(1) Como lo ha hecho W. Maurenbrecher en su trabajo: *La política imperial de Oton el Grande* (Revista histórica de Sybel, tomo V), que figura como apéndice al severo juicio crítico hecho por Sybel, en su obra: *La nacion alemana y el imperio*.